

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

CONVERSACIONES BILATERALES HISPANO-NORTEAMERICANAS Y LA OTAN

El 31 de julio el vicepresidente y ministro de la Defensa, general Gutiérrez Mellado, emprendió viaje a los Estados Unidos. Pocos viajes al extranjero de miembros del Gobierno han suscitado tanto interés por parte de los medios informativos. Su objeto oficial era tratar con su homólogo Harold Brown y altos mandos militares norteamericanos temas relativos a los acuerdos bilaterales en vigor y el de la compra de armamento por España. No obstante, sin grandes riesgos de error, se sospechó que en las conversaciones se tocaría la cuestión del ingreso de España en la OTAN. Aunque a través de los Acuerdos España esté comprometida en la estrategia global norteamericana —e indirectamente en la defensa europea—, Estados Unidos desea su integración en la OTAN desde que la salida de Francia de esa organización descolgó en cierto modo la Europa septentrional de sus anexos mediterráneos, lo que dificulta un control coherente de los territorios amparados en caso de crisis. De otra parte, los progresos técnicos, que implican incremento de velocidades y alcances de las fuerzas aéreas, requieren un despliegue del sistema de alerta a escala continental, es decir, comprensivo de España. Por tanto, hay razones para estimar que ese tema también se abordó en aquellas conversaciones hispano-norteamericanas. Pero toda la astucia e insistencia de los representantes de los medios informativos se estrellaron contra el comedimiento y prudencia del general Gutiérrez Mellado en cuanto a la candidatura de España, por mucho que no pocos sectores informativos y de otra índole parezcan interesados por el ingreso de España en la OTAN, cual si esto fuera imprescindible para gozar de la categoría de democrático en el mundo occidental. Es imperdonable olvido de que el Portugal salazarista fue signatario en 1949 del Tratado del Atlántico Norte y de que la Grecia de «los coroneles», a su vez nada democrática, no dejó de pertenecer a aquella organización. En cambio, la indiscutiblemente democrática Francia se autoexcluyó en 1966, aunque sin dejar de ser

miembro del Tratado. Por consiguiente, equiparar pertenencia a la OTAN y reconocimiento de una situación democrática es una de las inexactitudes—por no decir tonterías—que a fuerza de repetirse sin reflexionar adquieren categoría de dogma.

Por supuesto, el general Gutiérrez Mellado no ha dado la menor señal de suscribirlo, por cuanto la adhesión de España al Tratado del Atlántico Norte, paso previo al ingreso en la OTAN, es decisión de mucha mayor trascendencia para España y los españoles que la obtención de un certificado de democracia otorgado por países deseosos de hacer de la OTAN una institución permanente de seguridad, idéntica seguridad que la garantizada en los años 50, cuando los Estados Unidos tenían el monopolio atómico y su territorio estaba a salvo de represalias. Pero las circunstancias han cambiado. Lo evidencia la evolución de la estrategia de la OTAN y el diálogo político y estratégico establecido entre las dos superpotencias, en el que los aliados europeos no tienen ni arte ni parte. Desde luego, Europa se beneficia de la estabilidad conseguida, pero sin que por ello las estructuras de la OTAN se hayan adaptado a condiciones muy otras de las existentes en 1949. Esta falta de adaptación de la OTAN a nuevos contextos internacionales ya hizo ver al presidente Kennedy la conveniencia de transformar la Alianza atlántica mediante la creación de un sistema de seguridad europea asociado a los Estados Unidos («los dos pilares»). La sugerencia no prosperó, aunque el propio presidente Kennedy puntualizara que los aliados europeos tenían que excluir toda idea de automatismo en la defensa de Europa, al escudarse en «el tiempo de reflexión» y la «facultad de elección de los medios».

El presidente Kennedy no alteraba los términos de los compromisos de los Estados Unidos respecto a Europa. Lo evidencia el artículo 5.º del Tratado del Atlántico Norte. Ciertamente, en su primera parte, citada a saciedad, se menciona el compromiso de acudir en defensa de una o todas de las Partes víctimas de ataque armado. Pero se omite mencionar el final del artículo que excluye el automatismo de la defensa militar al decir: «... la acción que se juzgue necesaria, incluso el empleo de la fuerza armada para establecer y mantener la seguridad...». La restricción ha adquirido singular relevancia desde que los Estados Unidos resultan amenazados de represalias atómicas. Decía el profesor Morgenthau que: «... una política de alianza militar tradicional, cuando el advenimiento de las nuevas armas ha destruido las alianzas, es una paradoja».

¿Es mera paradoja la Alianza atlántica? Proporciona a los Estados Unidos ventajas políticas y económicas, en tanto que los aliados eu-

ropeos esperan de ella seguridad, por más que la invasión soviética, razón de ser de esa Alianza, y de la OTAN, sea poco probable en razón de la mutua disuasión derivada de la estabilidad del nivel nuclear, mantenida pese a los acuerdos SALT, allí donde se hace sentir. Por tanto, en Europa. En suma, OTAN y Pacto de Varsovia son el látigo del domador. De poco le serviría en caso de agresión de la fiera. No por ello prescinde de él, lo que no impone la necesidad de alargarlo para que la disuasión surta más efecto. Lo surte desde que la disuasión existe. Deja un estrecho margen de libertad de acción a las dos superpotencias, aunque sea amplio allí donde no se proyecta el temor al arma nuclear, que es el Tercer Mundo. La URSS ha sabido explotar esa libertad de acción para minar un *statu quo* mundial que la disuasión pretendía mantener. Los medios utilizados le han permitido logros tan positivos —o más— que los conseguidos con medios bélicos tradicionales o un ataque frontal. Europa y los Estados Unidos están prácticamente excluidos del sureste asiático. Africa brinda diversas bases al Este y puede brindarle alguna más, aparte de la eficaz base operativa existente en el Caribe de cara a América del Sur y Central, donde se registran crecientes tensiones y graves situaciones conflictivas. En cuanto a la Europa occidental, el margen de libertad de acción era muy reducido, pero se ha ensanchado notablemente con la crisis económica y sus consecuencias de paro y descenso del nivel de vida, aparte de la incertidumbre política manifiesta en diversos países. Ello facilita la absorción de grandes dosis de ese contraveneno de la paralizante disuasión, que es la estrategia indirecta.

La OTAN, sólo prevista para hacer frente a un ataque armado, está incapacitada para impedir una maniobra envolvente de estrategia indirecta que recuerda en cierto modo la ofensiva del III Reich por las Ardenas soslayando la inexpugnable línea Maginot. De todas formas, el III Reich apeló a las armas. En el marco de una política pensada en términos revolucionarios y de hegemonía un ataque armado a Europa no tiene por qué ser inmediato, si es que se produce. Comentando a su admirado Clausewitz, Lenin decía: «Retrasar las operaciones hasta que la desintegración del enemigo torne a la vez posible y fácil asesarle el golpe decisivo.»

El golpe decisivo no ha de ser forzosamente militar. Los países industrializados son muy vulnerables a las presiones económicas. Se vio claramente con motivo de la crisis del petróleo de 1973, que sigue teniendo incidencia en el mundo occidental. El talón de Aquiles de las naciones desarrolladas es su imperiosa necesidad de materias primas y mercados. Brindan a la estrategia indirecta múltiples modalidades de

acción basadas allí donde la disuasión no alcanza, por ejemplo, en Africa en general y concretamente en el Cuerno de Africa, Mozambique y Angola—en la ruta del petróleo—, sin omitir la agitación que desde hace meses se está dando en Irán, país clave en el golfo Pérsico.

En esta situación, la necesidad capital no parece ser la defensa de Europa considerada en términos militares, que apenas si responden a los riesgos actuales. Ni siquiera tiene claro sentido un fortalecimiento del escudo de la OTAN logrado con la inclusión de España, a no ser por razones económicas y políticas derivadas de las responsabilidades a escala mundial de los Estados Unidos. Los países de la Alianza atlántica tienen puestas sus esperanzas de seguridad y conservación de su *statu quo* en la OTAN, pero no parecen preocuparse grandemente de las maniobras de estrategia indirecta y caballos de Troya para los que tienen singular maestría los países comunistas. Es que la parada para contrarrestar los efectos de tal estrategia requeriría una unidad política europea susceptible de generar una estrategia global común. Nada más falaz que esperarla de la OTAN que, aparte de no poder resolver problemas que se dan en su seno—en particular el chipriota—, no ha conseguido siquiera concebir una política comercial coordinada respecto al mundo comunista, como hizo observar Kissinger.

EL TRATADO DE PAZ Y AMISTAD CHINO-JAPONÉS

El 12 de agosto se firmó en Pekín el Tratado de Paz y Amistad entre la República Popular China y Japón. No es estrictamente un tratado de paz entre dos países que han estado en guerra, por más que ésta queda muy atrás. En él no figura la menor referencia a la invasión del territorio chino en 1937 por fuerzas armadas japonesas. Bien es verdad que reiteradamente Mao Tse-tung se declaró dispuesto a olvidar el pasado, por cuanto la República Popular jamás había estado en guerra con el Japón. De otra parte, en su discurso programático de 1949, Mao Tse-tung formuló el deseo de una inmediata reanudación de las relaciones comerciales entre los dos países. Se evidencia que el pragmatismo chino, consciente de que China y Japón son complementarios y asimétricos en lo económico, es capaz de resistir la presión de cualquier dogmatismo. Pero hasta el presente las relaciones entre los dos grandes países asiáticos se resistían a dejarse encasillar en alguna de las habituales formas de relaciones internacionales. Por tanto, lo más sencillo es adoptar la fórmula de «estado anormal» que figura en el acuerdo en nueve puntos de 29 de sep-

tiembre de 1972 que restablecía las relaciones diplomáticas entre Pekín y Tokio, una vez que Kakuei Tanaka pidiera disculpas a China por la actuación militar de Japón en el pasado.

A partir de entonces se vino gestando ese Tratado de Paz y Amistad que se proyecta sobre el futuro. Se impone su importancia en la actual coyuntura internacional, aunque sólo fuera por la irritación de la URSS ante el acercamiento entre los dos grandes países del Extremo Oriente que pueden constituir uno de los factores determinantes del destino del mundo. Pero los tan destacados seis años de laboriosas negociaciones, ora suspendidas, ora reanudadas, pero siempre en el ánimo, son los últimos pasos de un largo camino conducente a la «paz y amistad perpetuas», al «mutuo beneficio» y a «mejores relaciones económicas y culturales». Se inició en marzo de 1959 con un importante acuerdo comercial negociado por un grupo japonés oficioso. Aparte de intercambios por un importe de 35 millones de libras, preveía la instalación en cada país de una misión comercial del otro. Era una puesta en práctica de la política de Chou En-lai que por el atajo de las relaciones comerciales apuntaba a un acercamiento político, por supuesto no limitado a Japón, sino tendente a relaciones exteriores múltiples, política por la que ha optado Hua Kuo-feng. Es más, el primerísimo paso de Pekín en dirección a Japón se dio en 1952 con negociaciones para liberar a «criminales de guerra» japoneses que, cuatro años después, eran puestos en libertad.

Agotada la veta humanitaria, cuando ya se estaba explotando la veta económica del acuerdo de 1958, surgió el accidente del Tratado de Seguridad suscrito entre Washington y Tokio en 1960. Desencadenó las iras de China, frenando al tiempo los intercambios comerciales, aunque sin interrumpir las visitas de hombres de negocios japoneses, que lograron el memorándum de noviembre de 1962. Hubiera podido desarrollar los intercambios chino-japoneses, pero la llegada al poder en 1964 de Eisaku Sato, más inclinado a los Estados Unidos que su predecesor, entorpeció la mejoría de las relaciones. Se agriaron con la denuncia por China del renacimiento del militarismo y expansionismo japonés, coincidente con la Revolución Cultural. Aplacada su anárquica virulencia, los japoneses liberales reanudaron sus visitas a China, en tanto que en la Dieta se creaba una asociación para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. El propósito sonaba un poco a utópico por cuanto el Pacto de Seguridad con los Estados Unidos maniataba a Japón para reconocer a China Popular, aparte de que cuantiosas inversiones japonesas y un fructífero comercio con Taiwan

—junto con el Tratado de Paz y Amistad suscrito en 1952 con la China nacionalista— constituían obstáculos difíciles de salvar.

El inesperado viaje del presidente Nixon a China en febrero de 1972 permitió a Japón replantear su política con relación a China Popular, hasta entonces amarrada a un esquema político estratégico de hecho rebasado. Chou En-lai sacó rápidamente una de las consecuencias de ese viaje, que era dejar más libertad de movimientos a Japón. Apenas instalado Kakuei Tanaka en el poder, lo invitó a Pekín. El presidente japonés acudió sin demora en septiembre de 1972. En este decisivo encuentro se pusieron los cimientos de un sólido acercamiento entre los dos países al firmarse el Acuerdo que restablecía las relaciones diplomáticas, lo que convertía en nulo el Tratado con Taiwan. Así caía el telón sobre casi un siglo de humillaciones y concesiones impuestas a China por Japón. A renglón seguido de la visita de Tanaka a Pekín se empezó a negociar un acuerdo comercial a nivel de Gobierno, sustitutivo de los acuerdos comerciales oficiosos entre misiones de ambos países. No fueron viento en popa, como cabía esperar, por tropezar con dos escollos principales. Uno, las relaciones económicas entre Japón y Taiwan; otro, los proyectos de cooperación niposoviéticos para el desarrollo de Siberia que la URSS no puede llevar a buen término sin ayuda foránea. Entonces, la nave japonesa empezó a navegar por las encontradas corrientes china y soviética.

De largo tiempo le viene a la URSS la preocupación por un acercamiento chino-japonés, porque a despecho de su alineamiento político con Occidente, su técnica y desarrollo económico, Japón es país asiático con peso específico en Asia. De ahí que ya a principios de 1972 el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, tratara de reanudar las negociaciones de paz iniciadas en Londres en 1955, engolosinando a Japón con su contribución al desarrollo de Siberia, lo que motivó el aplazamiento de la firma del acuerdo comercial por parte de China. Pero los nulos resultados de las conversaciones de paz en Moscú (octubre de 1973) provocaron la firma de ese acuerdo en enero de 1974.

Sus términos muy amplios sugerían que tenía mayor alcance que un acuerdo corriente de esa índole. Aparte del tratamiento de «nación más favorecida», incluía capítulos relativos a la cooperación, en la que China aportaría sus materias primas y Japón su tecnología y capacidad industrial. Dado que para China lo económico no se desvincula de lo político, se imponía la importancia de ese acuerdo, en el que aparecía en filigrana el Tratado de Paz y Amistad. Tal entendió la URSS, que Japón se apresuró a aplacar firmando a los pocos

meses un ventajoso acuerdo comercial y consintiendo un préstamo de 435 millones de dólares destinado a Siberia.

Con todo, China y Japón seguían en sus trece y a principios de 1975 el ministro japonés de Asuntos Exteriores declaró a *Le Monde* que el tratado de paz con China podía firmarse a corto plazo, pero no con la URSS. La URSS reaccionó formulando «serias advertencias» a Tokio. El primer ministro Takeo Muki replicó declarando ante la Dieta la intención gubernamental de concluir lo antes posible un tratado de paz y amistad con China. Días después rechazaba la propuesta soviética de un tratado de amistad disociado del tratado de paz, aun dando seguridades a Moscú de que el tratado que se negociaba con China no iba dirigido contra ninguna nación.

Este ha sido el firme propósito de Japón. Tropezaba con el deseo de China de dejar constancia de la resistencia a los fines hegemónicos de la URSS, lo que alargó las negociaciones entre Tokio y Pekín. Por fin se dio con la fórmula idónea: las partes contratantes se comprometen a no ser hegemónicas, lo que les confiere autoridad para oponerse a los «intentos por parte de otro país o grupo de países para imponer dicha hegemonía». La URSS se ha dado por aludida y aun antes de la firma del tratado multiplicó las «serias advertencias». No han impedido un acercamiento que está en la lógica de la situación internacional, o sea, de una tripolaridad de hecho. Es la que ha incitado a las dos grandes naciones asiáticas a aproximarse, considerando los puntos de coincidencia y pasando por alto los de divergencia. Así se ha soslayado la cuestión de los islotes desérticos que los japoneses llaman Senkaky y los chinos Tiaoyun. Japón los incluyó en el archipiélago de Ryukyu en virtud del tratado de Shimonoseki y, hace unos años, Pekín los reivindicó airadamente. Dicen que en sus aguas territoriales puede haber petróleo. Esta posibilidad no ha tenido fuerza suficiente para que Pekín sacara a relucir su anterior reivindicación, dado lo que se jugaba en las negociaciones con Japón.

¿IRÁN APACIGUADO?; SÍ, PERO...

El feroz terremoto que el 16 de septiembre asoló una región de Irán volvió a situar en primer plano de la actualidad a ese país, agitado desde hace un año largo por una serie ininterrumpida de huelgas, disturbios, manifestaciones y actos de terrorismo que causaron innumerables muertos, heridos y detenidos. Los alborotos alcanzaron su punto álgido en julio y agosto, al extremo de que el sha Mohammed

Reza Pahlevi hubiera de romper su majestuoso silencio y anunciar la celebración de elecciones libres dentro de un año, la ampliación de las libertades políticas y la reducción progresiva de la severa censura. Con todo, los sangrientos disturbios prosiguieron hasta imponer la proclamación de la ley marcial a principios de septiembre, lo que dio pie al Ejército para controlar en cierto modo la situación, es de presumir que adoptando medidas de extrema dureza, con gran aparato de carros de combate, vehículos blindados y numerosa tropa. De otra parte, el 28 de agosto el sha había sustituido el primer ministro, Yamshid Amuzegar, cuya fama de economista distinguido no se ha evidenciado en la práctica, por el presidente del Senado, Jaafar Charif Emami, leal servidor del trono, hábil político según se dice y, aspecto de suma importancia en las actuales circunstancias, ferviente musulmán que mantiene buenas relaciones con los jefes religiosos chiitas, que han sido elementos activos y hasta decisivos de una situación tan conflictiva como incoherente y acaso tanto más conflictiva cuanto incoherente.

Porque incoherente es que en un país productor de petróleo de primera magnitud, luego con cuantiosos ingresos, existan amplios sectores de población rural y urbana miserables y sectores minoritarios que acopian fabulosas fortunas con negocios claros y turbios, mientras florece una corrupción y favoritismo que permiten disfrutar una voraz civilización de consumo. Por lo visto, es lo único que tales sectores han adoptado del mundo occidental, junto con modos de vida que chocan frontalmente con la tradición religiosa chiita, muy arraigada en el pueblo iraní. Si a ello se agrega una inflación disparada, el paro creciente, el limitado éxito de un ambicioso plan de industrialización y los escasos resultados de la «revolución blanca», que no ha alterado los cimientos económicos de tipo feudal de Irán, no era precisa la intervención de encizañadores profesionales o foráneos—aunque no hayan faltado—para que se diera una situación explosiva. Existía el caldo de cultivo adecuado para la subversión, como se da con desafortunada frecuencia en países adscritos al ámbito occidental capitaneado por los Estados Unidos y cuya importancia económica y estratégica es evidente, como es el caso de Irán. En realidad, el descontento, protesta e ira data en ese país desde hace tiempo, por cuanto, aparte del período de exilio del sha desplazado por Mossadegh, ya en 1960 se produjeron graves alborotos estudiantiles. Era entonces primer ministro Charif Emami, que dimitió a raíz de la muerte de un estudiante durante disturbios antigubernamentales. Charif Emami, además de hombre probo en un ambiente de co-

rupción erigida en sistema, era enemigo de la violencia y la sangre. En la grave situación actual ha reconsiderado su posición («el hombre y su circunstancia»). No bien asumió el poder declaró ante el Parlamento iraní que proclamaba la ley marcial y tal hacía para evitar que imperase el derecho de la jungla. No convenció a los parlamentarios de la oposición, que abandonaron la sesión convocada por Charif Emami en demanda de un voto de confianza para su Gobierno.

Siempre en busca de una pacificación que parece pasar por los dirigentes religiosos, aprovechando los amplios poderes que le había concedido el sha, Charif Emami restableció el calendario islámico, sustituido por calendario imperial, lo que era uno de los motivos de irritación de los «ayatollahs». Asimismo dispuso el cierre de casinos, salas de fiesta, discotecas, casas de juego y demás lugares de perversión para la ortodoxia chiita, al tiempo que aflojó las riendas de la censura de prensa. Sin restarle valor al efecto psicológico que se perseguía con semejantes concesiones, cabe estimar que son chorritos de agua poco propicios para apagar el incendio de la compleja crisis iraní, en la que protestas de índole religiosa son las olas de un mar de mucho fondo político, social y económico. Por tanto, aunque acaso los chiitas moderados se aplaquen con las medidas adoptadas y las reformas prometidas, sería pecar de excesivo optimismo confiar en que desarmarán a los fanáticos, paradójicamente unidos a marxistas, a quienes no mueven, por supuesto, preocupaciones religiosas. Estos representan la «quinta columna» en la marca o provincia fronteriza actualizada que es Irán, conforme a la doctrina de «regionalización» de Kissinger, que le asignó el papel de «gendarme» del golfo Pérsico. Ese núcleo de «marxistas islámicos» supone un peligro de tenaz subversión tal que el primer ministro ha apelado a la «movilización de todas las fuerzas nacionales para salvar al país del derrumbamiento». Por ser el factor religioso—altamente pasional—detonador de la crisis iraní se dirigió en primer término a los altos jefes chiitas, dolidos por haber ido perdiendo influencia y prerrogativas tradicionales en razón de los cambios registrados en Irán, embarcado en una evolución y desarrollo invertebrados, que han sido vivero de miserables masas rurales y urbanas y de minorías escandalosamente privilegiadas.

Tal vez los *ayatollahs* moderados se avengan a admitir—y hacer admitir a las irritadas masas sinceramente musulmanas y, por consiguiente, dóciles a la voz de sus jefes—que el régimen monárquico, si prosigue sin flaquezas el emprendido camino de la depuración, con detenciones de hombres de negocios, altos funcionarios y hasta algún ex ministro, es preferible al de una dominación marxista. En todo

caso, pese a la rivalidad por el predominio en el golfo Pérsico—que los árabes llaman Arábigo—, el rey de Arabia Saudita no ha vacilado en ponerse al lado del sha en tribulaciones, por más que indudablemente no comparta su manera de entender la evolución, desarrollo y modernización de Irán. Pero entre una cierta «desislamización» y una segura «marxistización», los guardianes de los Lugares Santos del Islam han optado por el mal menor, tanto más cuanto que para los sunnitas de Arabia Saudita los chiitas de Irán son unos herejes... De ahí que Ryad no haya dudado entre un régimen menos religioso y un régimen supuestamente religioso manipulado por marxistas, lo que acarrearía en la región consecuencias aún más peligrosas que el reciente golpe de Estado de Afganistán. Es que, junto a Arabia Saudita, en ese centro vital para el mundo occidental que es la región petrolífera del golfo Pérsico, Irán ha de ser bastión anticomunista que controla el estrecho de Ormuz y parte del Indico, por donde pasa la casi totalidad del suministro energético de Europa, Japón y Estados Unidos. Por tanto, el derrocamiento de la monarquía en Irán implicaría un riesgo mortal para el mundo no integrado en la órbita soviética y una baza decisiva para la URSS.

Tal se le ha impuesto indudablemente al presidente de China Popular, Hua Kuo-feng, que llegó a Teherán el 28 de agosto, que prolongó su estancia en la capital iraní y mantuvo numerosas entrevistas con el sha, llegando a considerar la posibilidad de un tratado de seguridad chino-iraní. Dada la divergencia radical de sistemas políticos entre China e Irán, el claro apoyo de Hua Kuo-feng al sha muestra que el realismo chino ha llevado a sus dirigentes a tomar conciencia de que Irán es nación clave, tanto en el Medio Oriente como en Asia. Esta toma de conciencia de China Popular ojalá sirva de acicate para que el mundo occidental siga el ejemplo, singularmente para que el sha y su gobierno actúen con la energía y celeridad que impone la situación, llevando a cabo las profundas reformas que necesita el país, donde no ha vuelto la tranquilidad, pese a la ley marcial. Porque, como dijera Napoleón: «Las bayonetas sirven para mucho, menos para sentarse encima». Un trono no se asienta de forma duradera en las bayonetas, aunque en un momento dado así parezca.